

Amigos de Japón

En este reportaje les presentamos la vida y el trabajo de dos amigos de Japón.



Jerome Chouchan

Jerome Chouchan, Director Ejecutivo de Godiva, aplica los conocimientos del tradicional arte del *kyūdō* al imperio del chocolate, y es miembro de la junta de la Federación Internacional de Kyūdō.

El *kyūdō* y el equilibrio vital



Dos años después de leer el clásico *Zen en el arte del tiro con arco* de Eugen Herrigel, Jerome Chouchan se inició en la práctica del *kyūdō* (tiro con arco japonés), cuyo nombre significa literalmente “el camino del arco”. Se sintió atraído por una tradición que pone mucho énfasis en el desarrollo del *kokoro* (espíritu) y del *kata* (forma) adecuados. Además de practicar el *kyūdō*, Chouchan es Director Ejecutivo de la empresa de chocolate Godiva en Japón y Corea del Sur.

Chouchan visitó Japón por primera vez en 1983. Todavía estudiaba en la universidad cuando ganó un concurso de ensayo estudiantil nacional en Francia con su ensayo *¿Por qué los recién licenciados de empresas japonesas como Matsushita y Japan Airlines visitan templos zen como parte de su iniciación a la empresa?* Ese premio le permitió pasar dos semanas en

Japón.

Chouchan lleva 25 años practicando el *kyūdō*. Considera que ha aportado claridad y sentido a su vida personal y laboral, y le ha proporcionado conocimientos sobre la cultura japonesa: “Por ejemplo, en el *kyūdō* se aprende la importancia del momento, tanto mental como físicamente. Al practicar el *kyūdō* día tras día descubres lo que llaman *kai*, que tiene lugar cuando el arco está totalmente tensado. El momento en el que sueltas la flecha decide si el tiro es bueno o no, y no puedes repetirlo”.

“También aprendes a ser decidido, porque si empiezas a vacilar el tiro sale muy flojo. Lo mismo sucede en los negocios: sé que tengo que tomar una decisión ahora mismo, y no puedo repetir el pasado; por eso cada año probamos cosas nuevas”, explica Chouchan. “Otro punto que ha sido importante para mí es el dicho *seisha hicchu*, que significa que, si haces las cosas correctamente, darás en el blanco. Intento aplicarlo en mis negociaciones”.

La claridad de enfoque, el aplomo y la determinación de Chouchan se manifestaron tras el Gran Terremoto del Este de Japón en 2011. Así lo recuerda: “Yo dirigía el negocio, y teníamos 250 tiendas y 700 empleados en Japón. Así que no podía abandonar el barco cuando teníamos dificultades en el mar”. En referencia a esos días trágicos, declara: “Me impresionó la dignidad con la que reaccionó el personal”.

El *kyūdō* también ha proporcionado a Chouchan un enfoque claro sobre su futuro y el futuro del arte en todo el mundo: “Cualquier persona de cualquier país es capaz de aprender las virtudes de lo que llamamos ‘respeto’ en el *dō* (camino de la vida), especialmente en el arte marcial tradicional japonés del *budō*. Respetar a los superiores, respetar el valor de la paciencia, la humildad y la continuidad, y el valor del equilibrio entre el proceso y el resultado: son todos valores totalmente universales”.

¿Se quedará Chouchan en Japón? “Sí, de momento me quedo”, responde. “Me gustaría exportar las técnicas y los tesoros culturales y humanos de Japón”.





Philippa Clark

Philippa Clark, estudiante de la Universidad Nacional Australiana, luce orgullosa un kimono como bandera de la amistad internacional.

Todo un mundo de cultura en un kimono

Philippa Clark cursa estudios asiáticos y musicales en la Universidad Nacional Australiana (ANU, por sus siglas en inglés) de Canberra. Está enamorada de Japón desde que era una niña. “En mi jardín de infancia aprendíamos japonés, y en secundaria tenía un montón de amigos japoneses”, explica. Cuando tenía 15 años, Clark y su familia fueron de vacaciones a Europa, parando de camino tres días en Japón. Así habla de aquella experiencia: “Estuvimos en Kioto y vimos tres templos famosos: el Kinkaku-ji, el Ginkaku-ji y el Kiyomizu-dera. Me quedé alucinada. Esa fue también la primera vez que compré ropa japonesa”. Se compró una chaqueta tradicional japonesa *haori* de color rosa.

Cuando regresó a casa con su familia, Clark se compró su primer kimono. “Los kimonos siempre me habían parecido preciosos”, comenta. Luego mostró el kimono a su profesora de japonés, que le enseñó cómo ponérselo. “Fui a la ceremonia de graduación del instituto en kimono”, cuenta con una sonrisa. Desde entonces le encanta vestir kimono; también se interesa por el *kitsuke*, la forma correcta de vestirlo.

En su siguiente visita a Japón, Clark pasó un año en la Universidad de Kansai de la prefectura de Osaka como estudiante de intercambio. “Me encantó estudiar en Osaka; la gente es muy cálida y amistosa, y le encanta hablar con extranjeros”, dice. En la universidad compartió muchas clases con estudiantes japoneses e internacionales. Incluso se apuntó al coro de la universidad.

Mientras vivía en Osaka, Clark se afanó en buscar una escuela donde le enseñasen a vestir kimono. “Una de mis amigas japonesas de la universidad tenía un certificado de *kitsuke*, y su abuela llevaba una tienda de kimonos”, explica. A través de una amistad, Clark persiguió su sueño y empezó un curso de seis meses en una escuela de *kitsuke*.

“Cada semana tenías que aprender una técnica nueva porque hay muchos tipos de kimonos. Por ejemplo, primero aprendías a ponerte y atarte un *yukata*, un kimono fino de algodón que se lleva en verano. Cuando ya dominabas el *yukata*, estudiabas cómo ponerte un kimono”. Cuatro meses más tarde aprendió a ponerse un *tomesode*, el kimono negro que llevan las madres en la boda de sus hijas. Con esto Clark alcanzó el segundo nivel más alto de la asociación de kimonos.

La experiencia de Clark en la escuela también le permitió aprender sobre la gente y la cultura de Japón. “Para practicar el *kitsuke* tienes que pensar de forma muy distinta a la de la cultura occidental, especialmente a la de la cultura australiana”, comenta. “Los japoneses cuidan la estética y los detalles, y no se apresuran”. Clark conserva buenos recuerdos de las profesoras de la escuela: “Eran maravillosas. Les emocionaba mucho que quisiera aprender a llevar kimono y llevarlo en Australia”.

Durante su estancia en Japón, Clark visitó Kioto, Kanazawa, Nikkō, Okinawa y Tokio. Hizo muchos amigos, asistió a muchas fiestas y cocinó platos japoneses. “Probablemente fue el mejor año de mi vida”, afirma. Y concluye: “Mi sueño es llegar a ser embajadora de Australia en Japón algún día”.

